

J O A Q U Í N B A R A Ñ A O



## VOLUMEN II

Desde Napoleón hasta nuestros días, un relato  
histórico a través de 763 curiosidades

JOAQUÍN BARAÑO

# Historia Universal Freak

VOLUMEN II

Desde Napoleón hasta la revolución informática

## Prólogo al volumen II

El lapso transcurrido desde Napoleón hasta hoy equivale al 0,13% de la historia de nuestra especie en la Tierra, y al 0,0000018% de la edad del Universo. Sin embargo, esos dos siglos y medio ocupan un espacio mucho, mucho más significativo en nuestra memoria y en nuestra comprensión de lo que nos rodea. Esto se entiende al menos de dos maneras.

La primera es obvia: los hechos nos resultan más significativos cuanto más cercanos son espacial y temporalmente. O a la inversa, cuanto más remoto resulta el remonte en la niebla histórica, más nos parecen los siglos una masa uniforme, de contornos difusos y personajes indistinguibles. Por eso nos resulta tan difícil encajar en la cabeza que el Imperio egipcio haya perdurado 20 veces más que la actual Italia unificada, o que el período que separa a Hammurabi del emperador Marco Aurelio –ambos en el mismo gran saco de «la antigüedad»– sea mayor que el que separa a Marco Aurelio de Homero Simpson.

La segunda es menos evidente, pero manifiesta para quienquiera que asome sus narices sobre unos pocos números. Para el nacimiento de Napoleón, la Revolución industrial clavaba sus primeros colmillos en el aparato productivo y la humanidad contaba con unos 755 millones de individuos. Cada uno de ellos pisaba la biósfera con un impacto apenas superior al de nuestros ancestros de la última Edad del Hielo. El año del nacimiento del general, un ciudadano promedio del norte de Italia consumía unos 53 Megajoules de energía al día, o 1,6 litros de gasolina corriente. O, para que nos entiendan los amigos agricultores del siglo XVIII, unos 27 mojones deshidratados de caca de vaca de 100 gramos cada uno (por lo demás, una fuente energética aún muy extendida). En los grandes centros poblacionales de Asia,

la cifra era aún menor. Y ni qué hablar de Sudamérica o África subsahariana. Un visitante que contemplara la Tierra desde la distancia habría experimentado dificultades para notar que una especie distinta moraba entre las grandes masas de bosques, selvas y desiertos.

El propio Napoleón se mostraba escéptico respecto al poder transformador del vapor y de la técnica que por entonces despegaba. «¿Haría que un barco navegara contra el viento y las corrientes encendiendo una fogata debajo de su cubierta?», le dijo al inventor estadounidense Robert Fulton. «Le ruego que me excuse, no tengo tiempo para escuchar tales disparates»<sup>1</sup>.

La distancia que provee el paso de las décadas confirma que Napoleón exhibía más talento como estrategia militar que como oráculo del devenir humano. Nos tomó 195 milenios pasar de un puñado de tribus cazadoras-recolectoras a 755 millones de almas, pero desde entonces tardamos efímeros 247 años en saltar a 7.400 millones. Es el equivalente a anotar un solo gol en los primeros 89 minutos y 53 segundos de partido, y luego, tras un repentino avispaamiento postero, marcar los siguientes nueve goles en los 7 segundos finales. Así de brusco ha sido el cambio.

7.400 millones de personas es mucha, mucha gente. Si usted sufriera un súbito rapto de amor por el género humano y decidiera fotografiar e imprimir un retrato de cada uno de nosotros en papel Epson Premium Glossy, la pila de imágenes tendría 1.955 kilómetros de alto. Si las ordenara por orden alfabético, con la A abajo y la Z arriba, para cuando pase por la cumbre del Everest estaría recién en apellidos del tipo Achondo, y al pasar por la Estación Espacial Internacional iría en la foto de los señores y señoras Coletti.

Lo que es más, el «primate astuto» se ha vuelto más astuto que nunca. Hemos aprendido a canalizar los recursos del planeta ya no solo para procrear y sobrevivir al invierno, sino que para satisfacer toda suerte de exigencias de confort. En Italia, los 1,6 litros de gasolina diarios han subido a 9,1, o 147 boñigas de vacuno. En Catar, la cifra se empina a 66,6, o una atosigante montaña de 1.078 tortas

---

<sup>1</sup> Simon Wills. «Voyages from the Past: A History of passengers at Sea». Ed. Pen and Sword, 2014. ISBN: 9781473842731. Pág. 79. <https://books.google.cl/books?id=fnJtBQA-AQBAJ&pg=PT79>

de heces deshidratadas por habitante y día. Como se menciona en el epílogo, para solventar sus capullos de aire acondicionado en medio del desierto, los cataríes consumen casi un tercio más de la energía que una ballena de aleta, una bestia de 70 toneladas, requiere para vivir y surcar los océanos.

Aperados de un poder de fuego como ese, hemos reconfigurado el planeta cual sastre a su traje. La humanidad se apropia hoy de un cuarto de la producción primaria de la biósfera. Uno de cada cuatro esfuerzos fotosintéticos va a parar en último término a nuestros platos de comida, a nuestra ropa, a nuestro transporte o a alguna otra actividad humana. Si aquel visitante espacial volviera, se encontraría con un paisaje por completo diferente. Tan distinto, de hecho, que la ciencia comienza a hablar del fin del Holoceno y del inicio del Antropoceno, la era del «hombre nuevo».

Somos tantos y tan bien equipados en comparación a las civilizaciones de las que Alejandro Magno o Federico Barbarroja fueron testigos, que el mundo es un lugar colosalmente más dinámico, líquido, y acontecido. Como se menciona en el capítulo final, a nivel de especie «entre el inicio de la computación y el año 2003 habíamos creado cinco exabytes de contenido digital. Hoy, de acuerdo al CEO de Google, producimos cinco exabytes cada diez minutos». Y ahora que hemos aunado la conversación global en esa gran plaza pública que es Internet, ahora que todos hablamos «programés», esto no hará otra cosa que acelerar.

Es por eso que el primer volumen de este libro está abocado al 99,9999982% del tiempo transcurrido desde que todo comenzó con una partícula infinitesimalmente pequeña e infinitamente caliente, y el segundo al 0,0000018% restante. Y es por eso que, pese a la asimetría distributiva, este segundo periodo histórico es igual de valioso para entender cómo llegamos a donde estamos, y por qué somos como somos.

**CAPÍTULO VIII**

**EL DESPEGUE AL MUNDO QUE CONOCEMOS**

**1700-1814**

## A río revuelto, ganancia de megalómanos: Napoleón

Si lo suyo es la paz y serenidad, Francia no era su nirvana durante este capítulo de la historia. Las revueltas realistas habían forzado a las autoridades a solicitar la ayuda del ejército, y la guerra había estallado fuera de las fronteras. Las otras naciones europeas, temerosas de cómo el mensaje revolucionario adquiriría vigor en sus propios territorios, aunaron fuerzas para enfrentar a los franceses. Fue como consecuencia de estos eventos que, para aleonar las tropas, un músico aficionado compuso *La Marsellesa* en una sola delirante noche<sup>47</sup>. Y que un joven general llegó en pocos años a tomar las riendas del país.

Napoleón había nacido en Córcega en 1769. Con dientes, como si el destino quisiera insinuar que todo en su vida iba a ocurrir a un ritmo frenético<sup>48</sup>. Génova había vendido la isla a Francia solo un año antes y su propia familia era de origen toscano, por lo que fue bautizado con el italianísimo nombre de Napoleone di Buonaparte. Hasta el final de su vida habló francés con espeso acento de inmigrante y nunca aprendió a escribirlo correctamente.

A los quince años fue admitido en la Escuela Militar de la capital. «Solo en París uno puede ser alguien», decía. Allí estudió para oficial de artillería. Su examen de graduación fue evaluado por el mismísimo Pierre-Simon Laplace.

En 1795 se comprometió en matrimonio con la hija de unos ricos comerciantes de Marsella. Como Rousseau, se daba tiempo para el cultivo de las artes, y escribió una novela romántica inspirada en su historia de amor. Pero semanas después conoció a Josefina de Beauharnais, la ex amante de Paul Barras, el miembro y luego líder del Directorio que por entonces controlaba la Primera República Francesa. Napoleón mandó al carajo su placentero futuro de mercader mediterráneo y sus ínfulas literarias. Debe haber sido una atracción fulminante. Tanto, que hasta las exudaciones más íntimas de Josefina

formaban parte de su capital amoroso: «No te laves. Vuelvo», le escribió quince días antes de retornar de uno de sus viajes<sup>49</sup>. Se casaron meses después, en marzo de 1796.

¿Luna de miel? En lugar de un todo incluido en el Caribe, el recién casado optó por un desafío algo más adrenalínico: dejó París dos días después de las nupcias para liderar una invasión. Había sido recientemente nombrado comandante por el Directorio, y enviado a Italia a esparcir las ideas de la revolución. Además de conquistar la península y acabar con 1.100 años de independencia de Venecia, se dio el tiempo para diseñar la bandera que dio pie al actual pabellón italiano, para que se viera como la francesa pero reemplazando el azul por el verde, su color favorito<sup>50</sup>.

En el intertanto, había ofrecido un premio de doce mil francos a quien diseñara un método para hacer durar la comida para sus tropas. «Un ejército marcha en sus estómagos», sentenciaba. Tras catorce años de tratativas, el ganador fue un tal Nicolas Appert, quien había así dado origen a la comida enlatada<sup>51</sup>. La paciencia pagó, y tras casi una década y media pudo cobrar su premio para construir una fábrica... que se quemó cuatro años más tarde.

Napoleón ya era demasiado poderoso en la esfera militar, y sus metas demasiado ambiciosas para seguir las órdenes de un civil. En 1799 tomó el poder mediante el llamado golpe de Estado del 18 de brumario (por las brumas de noviembre: el calendario revolucionario en acción), y se adjudicó el cargo de primer cónsul. Demostró entonces ser más que un brillante estratega militar. Su código legal simplificó y reorganizó un sistema de normas disperso y vetusto, proporcionando por fin un todo coherente. Es la base de quizás un cuarto de los sistemas legales vigentes. En las postrimerías de su vida escribió que «Waterloo borraré la memoria de tantas victorias... pero, lo que vivirá por siempre, es mi Código Civil» (entonces no tenía cómo saber que la posteridad familiar estaba asegurada de todos modos: su sobrino-nieto fundó el FBI<sup>52</sup>). Su régimen desafió las instituciones y credos del viejo orden, instalando en el ambiente político las ideas seculares de las que la Revolución francesa estaba inflamada. Un admirado Beethoven planeaba llamar a su tercera sinfonía *El Bonaparte*.





La compra de Luisiana de 1803. Imagen: Geacron.

En 1803, necesitada de dinero por andar batallando contra medio mundo, Francia vio una oportunidad de efectivo en la venta de aquel descampado llamado Luisiana que tan inútil le pareció a Luis XIV en su momento. Era más del doble del territorio que tanta sangre había costado en la guerra de independencia contra el Reino Unido. ¿El precio? 337 millones en dólares de 2016, equivalente a 1,6 dólares la hectárea. A ese precio, el terreno de toda la ciudad de Nueva Orleans –contenida en la compra– habría costado unos 90.000 dólares (2016). Por ese monto, no habría problemas en arrendar anualmente 380 m<sup>2</sup> en el centro de Nueva Orleans<sup>53</sup>, un espacio que, con algo de creatividad y buena voluntad, podría llegar a servir para instalar una gasolinera.

Napoleón fue coronado emperador en la catedral de Nôtre Dame en 1804. Invitó al mismo Papa a officiar de maestro de ceremonias, pero a última hora él mismo tomó la corona y se la puso en su cabeza. De un solo tiro, le cantó claro al pontífice quién tenía la última palabra aquí, y puso fin a la Primera República. Los ideales de gobierno representativo se archivaban para otra ocasión. Beethoven retituló su sinfonía *Eroica*.

El ahora emperador sufrió una dura derrota en 1805 en Trafalgar, a manos de los británicos comandados por Horatio Nelson, lo que permitió al Reino Unido reafirmar una vez más su predominio de los mares. Los franceses se vieron forzados a concentrarse en tierra, pero

obtuvieron allí sus éxitos más notables, venciendo a los ejércitos austriacos, prusianos y rusos en un breve lapso. Como consecuencia, el Sacro Imperio Romano Germánico llegó de una vez por todas a su fin en 1806. Ese engendro territorial que nos venía acompañando desde los lejanos días de Otón I en 926 bajaba al fin el telón. Aunque hace mucho que traía más ruido que nueces. En palabras de Voltaire algunas décadas antes, «esta aglomeración que fue llamada y aún se llama a sí misma el Sacro Imperio Romano, no era sacra, ni romana, ni un imperio». Son estos los años más gloriosos de Napoleón, inmortalizados en las pinturas que lo muestran triunfante montando a su fiel caballo blanco, Marengo. Que en realidad era gris, pero fue representado blanco para realzar su figura<sup>54</sup> (y si está pensando algo del tipo «necesario para ayudar a un petiso como ese», entérese que Napoleón, con respetables 1,686 m, era más *alto* que el francés medio de su época<sup>55</sup>. La noción sobre su pequeñez se origina en los 5'2" que suelen citarse como su estatura, pero ello corresponde a las unidades francesas prerrevolucionarias, equivalente a más de 5'6" en las aún vigentes unidades imperiales).

Los británicos crearon una nueva coalición para coordinar la oposición a Francia. Napoleón no se iba a quedar de brazos cruzados, y organizó un bloqueo al comercio de su adversario. La mayoría de los países acataron la instrucción del emperador, pero los portugueses, aliados de los isleños desde 1373, no estaban disponibles. Ello le dio una excusa a Napoleón para invadirlos en 1808. España, hasta entonces aliado de Francia, iba a operar como simple corredor, pero a la postre resultó sometido también. El conquistador venía cultivando la costumbre de repartir los botines entre la familia Bonaparte como si fueran presentes navideños, y depositó en el trono español a su hermano José. Los derrotados lo apodaron Pepe Botella por su supuesto alcoholismo. No pudieron tener peor puntería para echar a rodar sus injurias y calumnias. José no solo no empinaba el codo en demasía: el diputado estadounidense Charles Ingersoll comentó que nunca vio «una persona –ni siquiera una dama– más abstemia». Con el rey depuesto, las colonias españolas no iban a tardar en reaccionar. Volveremos sobre esto en el próximo capítulo.

Los rusos tampoco acataron las nuevas reglas, y el emperador osó invadir ese enorme territorio en 1812, liderando un ejército de medio millón de hombres. Entre el «general invierno», el tifus y la estrategia de tierra quemada de sus enemigos, menos de 40.000 pudieron regresar a Francia a masticar la derrota. Napoleón había abandonado a sus tropas para enfilarse a París antes que fuera demasiado tarde, a bordo de un trineo y disfrazado de campesino.

Envalentonados con los resultados, los rivales formaron otra alianza en su contra. En la contienda más masiva que conozca el suelo eu-



Las conquistas de Napoleón en 1812. Imagen: Geacron.

ropeo, unos 600.000 combatientes se desplegaron cerca de Leipzig en 1813 en la llamada batalla de las Naciones. Napoleón fue derrotado, lo que permitió a la coalición avanzar hasta el mismo París. Forzado a rendirse, fue despachado al exilio a la isla mediterránea de Elba.

Pero, por si acaso no había quedado claro a estas alturas, el hombre era un luchador. Logró escapar, reunió un nutrido contingente de soldados leales, y continuó sus aventuras bélicas. En junio de 1815, los aliados lo enfrentaron en Waterloo. «Wellington es un mal general,

los ingleses son malas tropas, y este asunto no es más serio que comer el desayuno», declaró. Por el contrario, fue su derrota definitiva. Bonaparte abdicó a favor de su hijo de cuatro años, quien desde la seguridad de Austria detentó nominalmente el título de Napoleón II durante quince días. Esta vez, el destierro fue lejos de cualquier potencial amigo voluntarioso, en la isla de Santa Helena en el Atlántico Sur. Allí lo encontró la muerte.